

John Mortimer

El regreso de Titmuss

Traducción de Magdalena Palmer

Primera edición, 2014

Título original: *Titmuss Regained*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Advanpress Ltd 1990

© de la traducción, Magdalena Palmer Molera, 2013

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Murdo Macleod

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-71-1

Depósito legal: B. 29.244-2013

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

Hoy	11
Mañana	87
El día siguiente	159
Y para siempre jamás	291

Para John y Myfanwy Piper

Hoy

¿Qué sería el mundo despojado
de su agua y de su verde? Que se queden,
que se queden, agua y verde,
larga vida a los montes y campos siempre.

GERARD MANLEY HOPKINS, «Inversnaid»

A poco más de un kilómetro al norte del pueblo de Rapstone había una zona de bosques y verdes colinas calcáreas. Entre los árboles se contaban hayas, abedules, arces y tejos. Gracias a haberse librado durante siglos de los estragos de granjeros y constructores, en los prados abundaban la flora y los insectos. El eléboro violeta y la orquídea nido de pájaro crecían bien allí y proliferaban las gencianas y el tomillo. Se veían mariposas perico y niña corindón, así como arañas de trampa, gamos, muntíacos comunes, tejones, zorros, víboras y luciones. Al pie de la colina discurría un arroyo supuestamente frecuentado por dos martines pescadores, aunque nunca se habían encontrado sus nidos.

Una tarde de abril un Volvo se detuvo en la carretera, junto al arroyo. Desde lo alto del prado cualquier observador habría visto, como de hecho vio, a dos jóvenes que subían la colina tomados de la mano. Formaban una pareja atractiva. El hombre tenía rasgos regulares y masculinos, cabello claro que le cubría la parte superior de las orejas y llevaba bigote. En circunstancias graves su cara podía adoptar una expresión de hosca brutalidad, pero ahora se le veía contento. La joven que lo acompañaba mostraba una belleza recia y dientes blancos algo prominentes.

Había nubes suspendidas en lo alto del cielo. El día soleado auguraba un cálido verano, promesa que jamás se cumplía.

El observador vio que los jóvenes se detenían a media colina y se miraban a la cara. Habían elegido un claro de hierba suave y mullida en un terreno muy socavado por los conejos. No se besaron ni se tocaron, pero la chica rio y una bandada de gordas palomas alzaron el vuelo, alarmadas. Entonces la pareja se dispuso a hacer el amor.

Emprendieron la tarea de forma metódica, con una eficacia derivada de la experiencia. Aunque sus movimientos eran pausados, se les veía apresurados, como soldados que compiten en una exhibición militar para montar un arma contrarreloj. Desabrocharon botones y hebillas, se libraron de los zapatos y cayeron al suelo con un único movimiento, como si los amenazara el fuego enemigo. Solo entonces se abrazaron, pero en cuanto sus bocas se unieron, algo les interrumpió.

—¿Es que no sabéis leer? Hay carteles por todo el camino. ¡Este sitio está reservado para la naturaleza!

El hombre que se cernía sobre ellos era bajo, robusto y temblaba de furia. La barba le cubría la parte inferior de la cara con tal profusión que sus ojos parecían hallarse en un estado de pánico permanente ante la amenaza de verse desbordados. El jersey verde con coderas, la gorra, la mochila y el bastón le daban un aire de soldado que bate el campo en busca de terroristas. Se llamaba Hector Bolitho Jones.

—Yo —anunció— soy el guarda forestal del Área Natural de Rapstone.

—Dile quién eres —murmuró la joven, evitando mirar al enfurecido guarda mientras se levantaba y se alisaba la falda—. Dile quién eres.

Pero su compañero siguió inmóvil en el suelo, con la vista alzada y cara de pocos amigos.

—¿Sabéis qué albergan estas colinas calcáreas naturales jamás contaminadas por ninguna forma de pesticida o abono artifi-

cial? ¿Sabéis lo que podéis tener debajo? ¿Tenéis la menor idea de lo que quizá estáis aplastando?

—Nos vamos; además, tampoco queremos quedarnos aquí —dijo la joven. Una vez más aconsejó a su amante—: Dile quién eres.

—Un nido de alcaraván común, nada menos. Supongo que ni se os había ocurrido, ¿verdad? Cuánta ignorancia. El alcaraván común suele anidar directamente en el suelo calcáreo. Todo está explicado en el folleto informativo de la entrada. Si supierais leer.

—Da lo mismo, nos vamos. —La joven bajó la vista, encontró otro botón y se lo abrochó.

—Ya sería un poco tarde, si os habéis acostado encima de un nido de alcaraván común, habéis aplastado los huevos o ahuyentado a la madre. Entonces tendríais una muerte en vuestra conciencia. ¡Cómo si a vosotros os importara!

El hombre no se movió, pero habló por primera vez.

—¿Por qué no te callas y te ocupas de tus putos asuntos?

—¡Mis... asuntos! —Hector Bolitho Jones levantó la voz, como si le hablase a un sordo o a un extranjero—. ¡Esto es asunto de PAREN! Este terreno pertenece a PAREN, Protección Arbórea y Rural de Espacios Naturales, ¡PAREN! —Su voz atronó en el bosque y ahuyentó de nuevo a las palomas—. Supongo que eso no os dice nada, ¿verdad?

—Claro que sí. —El hombre se levantó despacio y resultó ser mucho más alto que el pequeño y furibundo Jones—. Me dice que soy tu jefe. Resulta que trabajo en el ministerio de Territorio, Urbanismo y Fomento, ¡TUFO! Puede que sea una novedad para los que vivís aquí en medio de la nada, pero acabamos de hacernos cargo de PAREN para iniciar su proceso de privatización.

—¡Después de todo el dinero que os ha soltado el gobierno! —La joven, que parecía al tanto de esos asuntos, dirigió una mirada acusatoria a Hector Bolitho Jones.

—Conque será mejor que vigiles lo que dices, sobre todo si valoras tu empleo. —El amigo de la joven sonó más amenazador incluso.

Hector Bolitho Jones tomó aire. Se le hinchó el pecho y se le erizó la barba. Se disponía a defender en un largo discurso que los alcaravanes comunes nos incumben a todos, como las selvas tropicales, el rinoceronte negro, los tejones, las nutrias, el efecto invernadero, el plomo en la gasolina, las matanzas de focas, los abrigos de visón, la caza del zorro, la destrucción de setos y la agricultura no orgánica. Observó a su público y decidió, cual misionero victoriano ante una pareja hostil con pinturas de guerra y aros en la nariz, que con el sermón solo desperdiciaría saliva.

—Me importa un bledo quiénes seáis. Os doy cinco minutos para que os larguéis de esta Área Natural.

—¿Y si no nos vamos?

—Se os mencionará en el informe anual de PAREN.

—Dios mío, qué miedo. —El hombre sonrió con frialdad. Era fuerte y los músculos le tensaban el pulcro traje gris, un atuendo que se antojaba demasiado formal para retozar en el campo. Aunque por un instante pareció que golpearía al guarda, sorprendentemente tomó a su novia del brazo y ambos se alejaron colina abajo hacia la carretera, donde estaba el coche. Hector Bolitho Jones los observó con inmutable hostilidad, y solo tras la partida de los amantes se convenció de que volvía a gobernar un pequeño reino donde la naturaleza podía seguir su curso sin interrupciones.

—¿Qué piensas hacer? —La chica, que se llamaba Joyce Timberlake, torció el retrovisor del coche y se inclinó para retocarse el pintalabios—. ¿Harás que lo despidan?

—No creo que valga la pena. —Su compañero conducía con una mano; la otra se posaba indiferente en el muslo de ella—. Pero tampoco voy a olvidarlo, de eso puedes estar segura.

Hector Bolitho Jones, fiel a su palabra, mencionó la conducta

sacrílega de los amantes en un informe a sus superiores de PAREN. Meses después vio en televisión una entrevista con el diputado Ken Cracken sobre la posible construcción de un parque temático en el distrito de los Lagos. Reconoció de inmediato el bigote rubio, así como la expresión hostil y precavida del joven que se había convertido, con una celeridad que alarmaba a muchos políticos de más edad, en subsecretario de Territorio, Urbanismo y Fomento, una posición solo inferior a la del mismísimo ministro, el Muy Honorable Leslie Titmuss.

— ¡Menudo cabrón era Dios!

Mientras las fuerzas de la naturaleza colisionaban en las colinas calcáreas y Ken Cracken y su novia, que también era su secretaria y asesora política, eran expulsados del paraíso del Área Natural de Rapstone, una mujer de ochenta años, cuyos brazos y piernas parecían consumidos por la inanición forzada, aguardaba la muerte con creciente impaciencia. Grace Fanner no estaba acostumbrada a que la hiciesen esperar. Su dormitorio en Rapstone Manor era oscuro y lóbrego; el tejo que crecía descontroladamente ante la casa ensombrecía las ventanas y el papel pintado, manchado de humedad, estaba estampado de cuadrados claros donde antes habían colgado las pinturas que debieron subastarse cuando el descubierto de lady Fanner ascendió a cotas vertiginosas. Acostada con una botella impagada y medio vacía al lado, su diminuto cuerpo apenas abultaba bajo la colcha del lecho donde una década antes su marido Nicholas había recibido a la muerte con la sonrisa educada, aunque perpleja, que dirigía a todas sus visitas.

— He estado leyendo la Biblia.

Kevin Bulstrode, rector de Rapstone que muchos de sus parroquianos conocían como Rev Kev, la miró como si dicha activi-

dad fuese un indicio de debilidad mental, como la astrología o el estudio de las dimensiones de la Gran Pirámide.

—No el Antiguo Testamento, ¿verdad? —preguntó con suma inquietud.

—Sobre todo el Antiguo Testamento. Menudo cabrón era Dios, casi siempre —afirmó lady Fanner, con una prieta sonrisa de admiración—. Escarmentaba a todos como yo nunca lo llegué a hacer. A base de bien.

—Hoy en día no se ve a Dios como un castigador —explicó Rev Kev—. Lo consideramos más bien como el fondo de nuestro ser.

—El fondo del mío, seguro —dijo lady Fanner—. ¡Vaya caña les daba! ¡Bravo por él!

—El Dios que está dentro de nosotros —Bulstrode no perdía la paciencia— es sobre todo un Dios de amor.

—¿Dios está dentro de usted?

—Eso quiero creer.

—Me parece un sitio muy extraño para alojarse. —Lady Fanner observó al clérigo con indisimulado desprecio. Sacó un brazo flaco como una cerilla y su mano temblorosa buscó la copa de la mesita de noche—. La marea ha bajado. ¡Más!

—¿Le parece que eso es sensato?

—¡Más! —repitió ella con una voz que subió de tono hasta transformarse en un graznido colérico. Los ojos se le agrandaron de furia y el reverendo Kevin la obedeció de inmediato, aunque podría haberse quedado sentado, dejándola impotente y sedienta. No estaba acostumbrado a servir champán y el burbujeante líquido se derramó de la copa. Grace pensó que la vida en Rapstone se había deteriorado. Pese a ser socialista impenitente, el anterior rector, el reverendo Simeon Simcox, podía servir una copa de champán sin estropearle los muebles.

—He leído el Libro de Job. —Lady Fanner se llevó el inmenso peso de una copa medio llena a los labios y la picoteó como un herrero en un bebedero—. Dios se las hizo pasar canutas a ese pobre desgraciado. ¡Pústulas!

—Creo que descubrirá que nuestro Señor se fue civilizando con el paso de los siglos. Como, quizá, todos nosotros. —Kevin Bulstrode hizo cuanto pudo por sonar tranquilizador—. No creo que el Dios del Antiguo Testamento deba considerarse un modelo de conducta.

—Pues yo creo que sí. Para mí lo es, desde luego. Me encantaría ver a mi yerno cubierto de pústulas, si no fuera porque el Muy Honorable Leslie Titmuss ya tiene bastantes. De joven, detesto recordar, Leslie parecía sufrir de acné terminal. No me imagino lo que mi pobre Charlie vio en él. Pero Charlie estaba tan necesitada en materia de atractivo que tampoco tenía mucho donde elegir, ¿verdad?

—Siempre he oído que su hija Charlotte fue una especie de santa, lady Fanner. ¿No murió en una manifestación pacifista del páramo de Worsfield? —Con la cabeza gacha y las manos entre las rodillas, Bulstrode sonó como un capellán castrense de antaño recordando a los caídos en el Somne y El Alamein.

—La atropellaron allí, en una tonta manifestación. —Grace volvió a picotear el líquido de su copa y luego la agitó sin ton ni son para devolverla a la mesita de noche, una operación que el reverendo salvó del desastre—. Al menos así dejó a Leslie en espantosa evidencia. Entonces ocupaba un cargo muy pomposo en el gobierno; tener una esposa que iba a manifestaciones pacifistas era peor que si te pillaban con una furcia en la calle Mount.

—¿Eso hizo? —Al reverendo le temblaba la nariz y Grace Fanner pensó que cuánto le gustaban las habladorías al clérigo. Sin duda la visitaba por eso, aunque sus cotilleos casi siempre trataban de una sociedad extinta y de personas que llevaban mucho tiempo muertas.

—¿Hizo qué? —Grace estaba cansada e irritable.

—Eso de que lo pillaran... ¿con quién ha dicho?

—Oh, no. Por lo que sé, nunca lo han pillado con nadie. Leslie Titmuss no tiene agallas para eso. Durante su ascenso de niño

más granujiento y vulgar del pueblo a ministro de Algo Increíblemente Aburrido, consideró que casarse con mi hija podía ayudarle a trepar. Pues bien, Charlie le dio un buen escarmiento, eso hay que reconocérselo. Casi hundió su miserable carrera, eso hizo mi Charlie.

Lady Fanner sonrió orgullosa y luego guardó un silencio tan prolongado que el reverendo Kevin creyó que se había dormido o muerto. Grace tenía los ojos cerrados, pero su cerebro funcionaba a toda velocidad. No pensaba en Charlotte, su difunta hija, ni en Leslie Titmuss, su yerno, sino en su nieto Nicholas, que antes iba a verla en bicicleta y escuchaba sus largas e intrincadas historias sobre el sur de Francia y los viejos tiempos del Café de París mientras ella le daba galletitas y le permitía tomar sorbos de champán. Cuando preguntaba a Nick: «Sabes quién era Nancy Cunard, ¿verdad?», el niño respondía con una sonrisa tolerante y mordisqueaba su galletita. A veces, en las largas tardes de invierno, ella le enseñaba sus álbumes de fotos y los viejos vestidos Molyneux que todavía colgaban en su armario como estandartes deshilachados. Todo eso había terminado cuando el sapo Titmuss, vestido para Westminster y con el cabello engominado como un tendero, había irrumpido en su casa acusándola de borracha y de corromper a su hijo con cuentos sobre una panda de inútiles que seguramente ella ni había conocido. El chófer de Titmuss metió la bici de Nick en el maletero del Rover oficial y el muchacho, silencioso y tolerante con todos los arrebatos de los adultos, se marchó y nunca volvió a visitar a su abuela en Rapstone Manor.

—Si se cree que voy a dejarle esta casa al joven Nick para que luego venga el sapo de su padre a repanchigarse, ese Titmuss está muy equivocado. —Al abrir los ojos vio que Kevin Bulstrode se dirigía sigilosamente a la puerta, como si saliera del dormitorio de un niño irritable que por fin se había dormido—. ¿Adónde cree que va?

—Discúlpeme. —El rector interrumpió su huida—. Uno tiene sus obligaciones.

—Ah, no, no las tiene. No hasta el domingo, y entonces tampoco son a jornada completa, ¿verdad? Uno se sienta y se pone a pensar en algo bonito que decir en mi funeral.

Bulstrode obedeció. En realidad, ya había dedicado muchas horas infructuosas a pensar qué palabras amables podía pronunciar en las exequias de lady Fanner sin provocar las sonrisas cínicas e incrédulas de los asistentes. «Decidida», «siempre tuvo las cosas claras», «todo un carácter», «una veterana de guerra» era lo más lejos que había llegado. «No le aguantaba tonterías a nadie.» Pensó que en sus visitas pastorales él siempre decía esas tonterías que ella no aguantaba.

—La familia Titmuss no tendrá ni un ladrillo de Rapstone Manor. Ni un pedacito de mueble. Ni un portarrollos de papel higiénico, si de mí depende.

—Lady Fanner, ¿no es eso cosa de su abogado?

—¡Jackson Cantellow! ¡Ese idiota que se pasa el día berreando el Aleluya en la Sociedad Coral de Worsfield! Claro que no, esto es cosa mía y solo mía. ¿Sabe qué pienso hacer? —En la cara pálida y cadavérica que antaño había sido hermosa apareció de pronto una sonrisa infantil—. Se lo dejaré todo a la brigada antibombas, ¡así aprenderá ese Titmuss!

El pueblo de Hartscombe está a unos ocho kilómetros al sur del valle de Rapstone. En los días en que Grace Fanner iba a deshacerse definitivamente de su propiedad, no era el mismo pueblo que cuando cruzó el umbral de Rapstone Manor en brazos de su tambaleante esposo. Fue Grace quien insistió en cumplir la tradición, sobre todo para impresionar a algunos de sus antiguos amantes presentes en la ceremonia. Tampoco era el mismo pueblo en que el Muy Honorable Leslie Titmuss había sido un niño callado que inspiraba una profunda desconfianza en la escuela pública de Hartscombe. Entonces era un apacible pueblecito ribereño cuyas casas de ladrillo y pizarra, algunas con entramado de madera, otras cuadradas de estilo georgiano y jardines sorprendentemente grandes, se extendían hasta el río, donde los cisnes graznaban a los niños que les arrojaban pan y los esquifes y las bateas de alquiler esperaban amarrados bajo el puente. A la sazón había tiendas de comestibles con jamones colgando del techo, una mercería donde se devolvía el cambio mediante un complejo sistema de vías elevadas, el salón de té Copper Kettle —un popular punto de encuentro tras visitar el servicio de préstamo bibliotecario de la farmacia Boots— y un cine construido en los años treinta donde un órgano magnífico,

que se elevaba del suelo entre una bruma de luces moradas, tocaba una selección de clásicos y amenizaba al público. El cine también tenía asientos dobles en las últimas filas para las parejas que deseaban mostrarse más cordialidad de la habitual. No obstante, el orgullo de Hartscombe y su principal fuente de empleo era el edificio donde se elaboraban las cervezas Simcox desde hacía generaciones. El ladrillo de sus muros era de un rosa desvaído y en las gélidas mañanas los cascos y adornos de latón de los caballos de tiro repiqueteaban al cruzar el patio. Ahora habían derribado el cine para convertirlo en una zona peatonal asolada por vendavales que arrastraban los cartones desechados de comida china entre las jardineras de hormigón. Sus comercios vendían seguros de vida, zapatos, electrodomésticos y objetos tan esenciales como perchas perfumadas o bolsas de ropa interior bordadas con las palabras «Ella» o «Él». Un floreciente negocio se encargaba de suministrar jacuzzis y bidés con grifería dorada a establos y antiguas barracas rehabilitadas. También había un restaurante de comida ecológica y una tienda de cosmética natural. No había carnicerías, ferreterías ni pescaderías. Detrás de ese decepcionante centro comercial, una réplica casi exacta de los implantados en el corazón de cientos de pueblos antes prósperos del sur de Inglaterra, se alzaba un gigantesco hipermercado y un aparcamiento de hormigón de varias plantas cuya entrada y salida exigía conocimientos avanzados de informática. La cervecera se había vendido y reconvertido en pisos para ejecutivos y financieros arribistas que se desplazaban a diario a Londres, una ciudad que, cuando Leslie Titmuss era niño, muchos habitantes de Hartscombe nunca habían visitado. Las cervezas Simcox habían pasado a elaborarse en una nueva fábrica del polígono industrial y se decía que su cerveza rubia Fortissimo era responsable de la violencia juvenil que daba cierta vidilla al centro comercial los sábados por la noche.

A este nuevo Hartscombe, arrastrado sin demasiada oposición a la era de la prosperidad, se dirigía el Muy Honorable Leslie Tit-

muss unas semanas después de que su exsuegra le hubiese dicho a Rev Kev lo que pensaba de su exyerno. Leslie siempre se sentía, le resultaba inevitable, como un rey de vuelta a su pequeño reino. ¿Acaso él, el niño despreciado y ridiculizado que se ganaba unas monedas cortando ortigas y haciendo trabajillos en el jardín de la rectoría, no se había abierto camino entre los niños bien, los banqueros y la aristocracia rural de su partido para convertirse en diputado por Hartscombe y Worsfield Sur, un escaño que había conservado por incontestable mayoría durante veinticinco años? ¿No era el candidato que había predicado por primera vez el evangelio —aprendido, solía decir, de su padre, empleado de la cervecera— que preconizaba el respeto por la frugalidad, el aprecio constante del poder místico del dinero y una profunda desconfianza hacia aquellos que deseaban distribuirlo entre los pobres indignos de ayuda? Armado con este sencillo credo, reconvertido en la doctrina de su partido, Leslie Titmuss había contribuido a cambiar la cara de Inglaterra. Tras años de esfuerzo, había cortado la cinta que inauguraba el centro comercial y había concedido la licencia urbanística del nuevo polígono industrial. Y si los anticuados terratenientes de su partido local se habían quejado de que la nueva autopista cruzaba sus campos, o de que los camiones que iban al centro comercial bloqueaban los caminos y asustaban a las aves en época de puesta, pues peor para ellos. Entre sus filas se encontraban algunos de los escandalosos esnobes que lo habían arrojado al río por llevar un esmoquin alquilado que olía a naftalina en su primer baile de las Juventudes Conservadoras, celebrado en el hotel Swan's Nest.

Dejó que su chófer se enfrentara a los misterios informáticos del aparcamiento y siguió andando por la vera del río. El puente de Hartscombe no había sufrido alteraciones, aunque pronto tendría que ampliarse a cuatro carriles para adaptarse al incremento del tráfico. Las mansiones eduardianas rosas y blancas de la ribera, donde actrices largo tiempo olvidadas y militares retirados habían vivido en decoroso pecado, conservaban su

aura de disipación; sus ventanas seguían dando a la isla de bungalós y jardines enmarañados que se inundaba todos los años. El sendero que discurría detrás de los varaderos todavía cruzaba los prados donde las vacas bajaban cansinamente hasta el agua. Aquel era el paisaje de su juventud, pero a Leslie Titmuss no se le ocurrió descalzarse entre los juncos y meter los pies en el fango ni atrapar pececillos en un bote. Su infancia era una prisión de la que había escapado tiempo atrás: en cuanto alcanzó lo alto del muro, había puesto la mayor distancia posible entre su persona y aquel confinamiento. Aunque explotaba los valores de su padre con fines políticos, el recuerdo de lo que había sido su vida lo llenaba de espanto. La aceptación complaciente de un trabajo sin futuro, la convicción de que lo bueno de la vida no era para gente como él o el joven Leslie, su rutina nocturna de zamparse la cena, decir a su mujer que estaba «para comérselo» y dormirse en la butaca, ese era el destino del que Leslie había escapado gracias a su talento para la contabilidad y los votantes de Hartscombe y Worsfield Sur.

A sus cincuenta y tantos, paseaba con un abrigo oscuro y largo hasta las rodillas, pese al sol primaveral. Sus pasos eran enérgicos y desprovistos de todo placer, como si siempre llegase tarde a un encuentro crucial. El cabello le había retrocedido hasta dejar una extensión de frente huesuda y tenía esa palidez que solo da el exceso de trabajo. Casi nunca sonreía, aunque se decía que sus comentarios inesperados, a menudo hirientes, en realidad eran bromas. Andaba a buen paso, pero sus desvaídos ojos no se perdían detalle del paisaje fluvial. Comprobó que era una zona idónea para urbanizar; tendrían que llevarse a cabo algunos cambios radicales si Hartscombe quería enfrentarse al desafío europeo. En el mundo de Leslie Titmuss nada podía permanecer mucho tiempo inalterable. Tras haber tomado esa decisión sin dificultad, llamó a la puerta de una de las antiguas casas ribereñas donde una placa de latón rezaba: CANTELLOW & BAGLEY, ABOGADOS Y NOTARIOS.

—Me temo que lady Fanner no está bien, nada bien. Habrá venido a verla, supongo.

—Supone mal —dijo Leslie.

Jackson Cantellow era un hombre que mantenía un prolongado romance con su propia voz. Disfrutaba tanto de sus tonos y matices que su descripción de la mala salud de su clienta sonó como un recitativo:

—Piel y huesos —entonó con aparente placer—. Piel y huesos, me temo. Eso es lo mejor que puede decirse de su estado. Me han dicho que no prueba bocado.

—¿Pero lo compensa bebiendo?

—¡Su cuenta de champán en la licorería Simcox es exorbitante! —Cantellow bajó a una nota grave, luego frunció los labios y se llevó un dedo a la boca—. Rumores. —Pareció a punto de castigarse con un golpe en los morros.

—Espero que me diga lo que necesito saber.

El político no se rebajó a recordarle cuántos de los clientes de Cantellow confiaban en obtener licencias urbanísticas para costosos proyectos, ni mucho menos a insinuar cuántas de esas solicitudes tendrían que pasar por su ministerio.

—Me han dicho que lady Fanner no prueba bocado. —La conversación de Jackson Cantellow se desarrollaba por repetición constante, como un oratorio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no es de esperar que llegue a... —Cantellow alzó la vista al cielo—. A septiembre.

—Para septiembre falta mucho.

—Verá... —El abogado había elegido el mes más por la resonancia de sus sílabas que por motivos médicos— puede que nos deje en cualquier momento, claro, pero lady Fanner siempre ha tenido una energía extraordinaria.

—¿Para la destrucción?

—Como es de la familia, usted la conoce mejor que nadie, desde luego.

—No soy de la familia. Nunca me sentí parte de ella, aunque supongo que mi hijo sí lo es. ¿Qué pasará con la casa?

—¿La casa? —Cantellow hizo cuanto pudo por sonar inocente, como si nunca hubiese oído hablar de Rapstone Manor.

—Es todo lo que le queda. Supongo que habrá hecho testamento, ¿no?

Cantellow bajó la vista con recato, como si le hubiesen tirado los tejos.

—Usted no esperará que yo divulgue el contenido del documento testamentario de una clienta que... pese a ser una sombra, así es como la describiría, una sombra de la belleza que fue, aunque eso antes de que usted la conociera, desde luego... sigue viva a efectos prácticos. El rector la visita con regularidad, aunque creo que la tarea le resulta desagradable y a veces humillante. No esperará usted que divulgue nada más, ¿verdad?

Leslie Titmuss no respondió, pero fijó en Cantellow la mirada pálida con que aterrorizaba a sus subordinados y los echaba del despacho.

—Desde luego, ya se imagina usted que lady Fanner ha redactado testamento. Varios testamentos. La verdad es que, desde hace unos años, redactar testamentos se ha convertido en una especie de enfermedad.

Cantellow observó a su visita. ¿No había dicho ya bastante, más de lo que debía, para satisfacer su curiosidad? Sin embargo, Leslie seguía mirándolo sin decir palabra.

—Algunos de los testamentos eran sumamente excéntricos. Perversos, diría yo. Sobre todo el último. Esperemos fervientemente que sea el último. —Jackson Cantellow sintió que debía llenar el silencio y se arrepintió de inmediato.

—Acaba de decirme que no le ha dejado la casa a mi hijo, Nick.

—¡Yo no he dicho eso! —Cantellow se retractó, asustado—. No ponga esas palabras en mi boca. Yo no le he dicho qué ha hecho lady Fanner. La cuestión, en cualquier caso, es del todo

irrelevante; son conjeturas innecesarias. Siempre es un placer ver a un miembro tan distinguido del gobierno en nuestra circunscripción, señor Titmuss, pero ahora, si me disculpa...

El abogado buscó, en vano, algunos papeles importantes en su mesa.

—¿Ha dicho «irrelevante»? —Leslie se abalanzó sobre la palabra y la mordió como haría un terrier con una rata—. ¿Por qué ha dicho «irrelevante»?

—Bueno, digamos que no tiene mucha importancia práctica, dadas las circunstancias. —De pronto Cantellow supo que había hablado demasiado.

—Las circunstancias, supongo, son que todo lo que tiene se lo debe al banco. Se ha bebido el patrimonio y el banco se lo quedará en cuanto milady estire la pata.

—Yo no he dicho eso. —Cantellow pareció acongojarse ante la idea de haber utilizado palabras tan brutales.

—Nunca ha sabido mantener la boca cerrada, Cantellow; me ha contado exactamente lo que quería saber. —Leslie se levantó, una vez concluida la conversación—. No hace falta que me acompañe a la puerta. Solo le diré que me alegra mucho que no sea usted mi abogado; sería como llevar mis asuntos personales al telediario de la noche.

Después de su visita al bufete del abogado, el coche de Leslie Titmuss se alejó del reconstruido Hartscombe y se internó cada vez más en su pasado. Se dirigía al valle de Rapstone. Pasó ante las puertas de Rapstone Manor, pero no se detuvo. El siguiente pueblo era Skurfield, un desordenado conjunto de casas que se extendía a lo largo de la carretera, un lugar gris de cobertizos de chapa, pollos que anidaban entre la chatarra de viejos coches desguazados, muros de hormigón rugoso y bungalós construidos con bloques de cemento. Aislada de sus vecinos se erguía Los Abetos, una casita de aspecto relamido, seto de alheña primo-

rosamente cortado y pintura blanca que resplandecía en los muros de ladrillo rojo. Aunque ninguna placa conmemoraba el acontecimiento, era allí donde el Muy Honorable Leslie Titmuss, berreando a pleno pulmón en el dormitorio de arriba, había visto por primera vez la luz del día. También era el hogar de su madre, Elsie, que ya superaba los ochenta y se pasaba el día desempolvando y abrigando los artilugios modernos que su hijo le enviaba y ella nunca se decidía a utilizar. Había resistido todos los intentos de Leslie de trasladarla a una vivienda más grande y lujosa.

—Este sitio estuvo bien para tu padre y estará bien para que yo acabe mis días aquí —afirmó Elsie mientras servía té a su hijo—. ¿Le saco una taza al pobre hombre de fuera? —añadió, mirando con lástima al chófer del Rover.

—Está acostumbrado a esperar. Quería hablarte de algo.

—Si me hubieses dicho que venías, te habría preparado un pastel de carne y riñones. Sé cuánto te gusta el pastel de carne y riñones. —Elsie Titmuss había servido como cocinera de los Strove en Picton Principal. Sus pasteles causaban furor en las partidas de caza.

—Parece que la vieja Fanner va a dejarnos por fin.

—Nunca te cayó bien, ¿verdad, Leslie? Que Dios la perdone.

—Que Dios haga lo que quiera, yo no veo ninguna razón para perdonarla. Jamás. Pero si conseguimos su casa para Nicky...

—¿Rapstone Manor? ¿Y qué haría el joven Nick con ella?

—No lo sé. Vivir allí, supongo. Con el tiempo. En cualquier caso, esa familia le debe algo a mi hijo. Supongo que estás de acuerdo conmigo.

—Su madre no tendría que haber salido con esas mujeres de las bombas. No teniendo un hijo a quien cuidar. —Elsie levantó la tetera arrojada en el cubreteteras de punto y sirvió otra taza a su hijo. Guardaron silencio unos instantes, en confortable acuerdo respecto a la perversidad de la señora Charlotte Titmuss, largo tiempo fallecida.

—Cuando la casa sea de Nicky...

—Pareces muy seguro de eso.

—Sí, segurísimo. Allí hay muchas habitaciones, en varias plantas. Podríamos arreglarla para que te quedara muy bonita, madre. Habría sitio para que una interna se quedase a dormir y te cuidara.

—¡Una interna! —exclamó Elsie con desdén—. Ya hice yo bastante de interna y no quiero que alguien me lo haga a mí. Las internas se aprovechan, lo sé muy bien. Yo me aproveché en mi época.

El recuerdo le causó una evidente satisfacción.

—Lo dejaríamos muy acogedor. Vivir en la mansión, ¿no es eso lo que querías?

—¡Leslie Titmuss! —En su época de cocinera, habían deseado a Elsie todos los trabajadores internos y externos de la mansión y también, se decía, miembros de la familia Strove. Cuando miró a su hijo, Elsie seguía siendo una octogenaria coqueta y bonita—. No pienso aceptarlo. Ni de lady Fanner, ni de ti, ni de nadie. Y no me marcharé de esta casa, no hasta que me reúna con tu padre en el cementerio de Rapstone. No me saques de aquí. ¿Me lo prometes?

Leslie no sonreía, pero es que entonces creyó que lo decía en serio.

—Te lo prometo, madre.

Y así el futuro inmediato de la mansión de Rapstone quedó en el aire, lo que brindó a Leslie Titmuss su gran oportunidad y también le trajo más problemas de los que no tenía desde sus inicios políticos, cuando fue arrojado sin miramientos al río en su primer baile de las Juventudes Conservadoras.

—Urbanización rural Fallowfield. Una propuesta urbanística de diez mil casas. Incluye una nueva conexión ferroviaria de alta velocidad y la construcción de un ramal a la autopista.

Centro urbano de diseño con edificios públicos, complejos deportivos y de ocio. Centros comerciales de varias plantas con amplias zonas de aparcamiento. Pasajes peatonales y zonas sin tráfico rodado. Ubicación: entre los pueblos de Worsfield y Hartscombe, aprovechando terrenos no urbanizados como la aldea de Skurfield y el valle de Rapstone... —Ken Cracken se reía mientras leía en voz alta esas especificaciones en su despacho de TUFO.

En una mesa del rincón, su asesora política Joyce Timberlake, vestida con un pulcro traje negro y gafas, desarrollaba un plan que debía discutir con su homólogo del ministerio del Interior: la venta de ciertos edificios de interés histórico para su conversión en centros privatizados de internamiento de menores.

—¿Qué te parece tan divertido?

—El valle de Rapstone. Es el jardín del ministro. Eso es lo divertido.

—¿Su jardín? Leslie vendió su casa de campo, ¿verdad? ¿No tiene un piso en Waterside Mansions? —A Joyce le gustaba estar al corriente de todo. Leslie Titmuss había vendido la mansión adquirida en Picton Principal, donde su madre había trabajado de cocinera, poco después de la muerte de Charlotte. Tener una esposa sospechosa de ser una de las pacifistas de Worsfield y además intereses agrícolas habría sido, Leslie estaba convencido, excesivo para su carrera política, por lo que había renegado, hábil y expeditivamente, de ambos.

—Conserva vínculos en Rapstone. La casa de su madre está en el pueblo de al lado y su suegra vive allí. Me pregunto si les gustará despertarse junto al hipermercado de la urbanización rural Fallowfield. Quizá sea interesante pasarle a nuestro Leslie esta patata caliente política, para ver dónde la suelta.

—Ten cuidado con Leslie —le advirtió Joyce—. Está acostumbrado a ganar.

—Él no sabrá quién se la pasa. Le llegará como una decisión urbanística, a través de los cauces habituales. En cualquier caso,

hay otra razón excelente para echar un poco de cemento en el valle de Rapstone.

—¿Cuál?

—Es donde ese loco barbudo nos echó de la hierba.

—¿Te refieres —preguntó Joyce, aunque era la clase de asunto que nunca comentaban en horas de trabajo— a cuando te pusiste cachondo?

—Sí. —Ken Cracken no sonreía—. Me refiero precisamente a eso.